

Contra el mérito

Abundan los casinos y el Melate promete millones sin necesidad de trabajar. Se cree en el azar como una gracia divina superior al mérito; la buena suerte como un milagro. Lo ideal sería ser felices produciendo, transformar la necesidad en libertad.

L

A LOTERÍA NACIONAL mexicana, cuyos orígenes se remontan a 1770, es una institución que ha venido a menos. Fue un monopolio oficial que vendía billetes hasta en las ciudades más pequeñas. Declinó cuando se autorizaron los casinos, y ahora pierde dinero. Era muy

popular. Los sorteos se transmitían por radio y se escuchaban en todo el país con el billete en la mano. Los números eran cantados por un niño, como en una especie de liturgia: la lectura solemne de un decreto de la Divina Providencia que repartía bendiciones.

En 1921, ante la turbulencia revolucionaria, Ramón López Velarde dijo en “La suave Patria”:

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.



Ilustración: LETRAS LIBRES / Martín Elman

Los sentimientos religiosos dan gracias a Dios y a la Virgen de Guadalupe por los favores recibidos. Ven una bendición donde otros sentimientos verían un logro merecido o simple casualidad. Una moneda arrojada al aire o una margarita deshojada no se leen como ruido estadístico, carente de significado, sino como señal, mensaje, diálogo con la eternidad. Poner en marcha un mecanismo aleatorio (hacer girar el ánfora con los números del sorteo, soltar un pajarito amaestrado para que escoja con el pico un papel con una frase, partir la rosca de Reyes, agitar el cubilete, barajar) es como sacar una antena al infinito y escuchar lo que me dice.

Fue la cultura católica la que inventó el cálculo de probabilidades. En 1654, Pascal propuso un método para analizar qué tan probable es un par de seises en un lance de dados. A fines de ese año, tuvo una crisis religiosa y entró al convento de Port Royal, donde escribió sobre la gracia y el mérito. Llegó a ver la salvación como una apuesta, en la cual el creyente se la juega.

Jugar a la lotería es tratar de sintonizar con la Divina Providencia, darle oportunidad a Dios de responder, negar que el éxito se deba únicamente a mi esfuerzo, afirmar la gracia frente al mérito. También es afirmar una igualdad fundamental, en la que todos somos hijos de Dios, aunque a unos les dé más que a otros. La buena suerte es un milagro, un don del cielo.

Hasta la mala suerte es llevadera, si su sentido más profundo es la inescrutable voluntad divina. Respuesta de Job: Desnudo llegué al mundo y desnudo saldré. Dios me dio todo y Dios me lo quitó. ¡Bendito sea Dios!

La aceptación religiosa de la desgracia tiene efectos en la desigualdad social. La buena suerte es un privilegio menos ofensivo que el mérito. Cuando se llega al trono por orden de nacimiento en la familia real, los últimos en nacer tuvieron mala suerte, pero nada más. Cuando (teóricamente) todos pueden llegar a la cima, los que no llegan son unos fracasados. Si el dinero cae del cielo, los que tienen poco tuvieron mala suerte. Si se gana (supuestamente) por méritos, los que tienen poco es porque son inferiores.

El mérito es despiadado, solitario, desolado, hasta en el éxito, ya no se diga en el fracaso. La suerte es gracia inmerecida, tanto si colma de bendiciones a Job como si lo despoja de todo.

La lotería tiene nostalgia del paraíso: del paleolítico recolector, anterior a la agricultura y el trabajo. Según Marshall Sahlins (*Economía de la Edad de Piedra*), las tribus recolectoras (hoy en zonas recónditas de Australia, Brasil, África) no trabajan: conversan, mientras andan

de *shopping* por la naturaleza; no trabajan: juegan, mientras andan de cacería o de pesca. Vivir así es “ser de otro modo” (como dice Huizinga del juego). Pero no como pausa, distracción o suspensión de la vida ordinaria, sino como vida ordinaria.

Los inútiles alegatos sobre la mayor importancia de la inspiración o el trabajo para crear obras valiosas tienen que ver con algo real. Se puede trabajar empeñosamente con resultados mediocres y recibir de pronto, sin esfuerzo, no se sabe cómo ni de dónde, un milagro inesperado, inmerecido.

En los países católicos, que prefieren las fiestas a la ética del trabajo, se dice en broma: “Qué tan malo no será el trabajo que Dios lo puso de castigo.” De la Caída en el trabajo, viene la oposición entre producir y jugar. Lo ideal, por supuesto, es superar esa oposición: ser felices produciendo. O, como en la lotería: producir sin trabajar, recuperar la gratitud del paraíso recolector.

Los imperativos de la necesidad también se pueden cumplir en el juego, la creación, la comunión, la libertad, pero de otra manera. El juego es un remedo de la necesidad (tiene objetivos, recursos, restricciones, ambición, trampas, éxito o fracaso) felizmente desconectado de la necesidad. Es como el ejercicio ocioso de los animales que se atacan, pero no en serio; o atrapan algo que no necesitan.

Cuando se tiene la bendición de ser feliz produciendo: de transformar la necesidad en libertad, los juegos son una distracción indeseable. En el paraíso, no hay nostalgia del paraíso. —



gratis.

